



bargo de haberles amenazado que los haría vivir en orden. Todo cedió á tan gran capitán; los germanos y francos, que pretendían entrar en las Galias, fueron rechazados; y en el Oriente, no ménos que en el Occidente, respetaron todos los bárbaros las armas romanas. Un guerrero tan formidable aspiraba á la paz, é hizo esperar al imperio que no le sería ya necesaria la milicia. Vengóse el ejército de esta palabra y de la regla severa que le hacia observar su emperador. Asombrado al instante de la violencia que habia usado contra tan gran príncipe, honró su memoria, y dióle por sucesor á Caro, que no ménos que él era celoso de la disciplina. Vengó este valeroso príncipe á su predecesor, y reprimió los bárbaros, á quienes la muerte de Probo habia restituido los bríos. Fué á Oriente con Numeriano, su hijo segundo, á atacar los persas; y opuso á los enemigos del lado del Norte su hijo mayor, Carino, á quien hizo César. Era esta la segunda dignidad y el escalafon más próximo para llegar al imperio. Todo el Oriente tembló á vista de Caro: sujetósele la Mesopotamia; los persas, divididos, no pudieron resistirle. Pero cuando todo le cedia, le detuvo el cielo con un rayo. Estuvo Numeriano para cegar á fuerza de su llanto. Qué no puede en los corazones el deseo de reinar! Tan lejos estuvo Apro, su suegro, de compadecerse de sus males, que le quitó la vida; pero Diocleciano vengó su muerte, y en fin, llegó al imperio, que con tanto ardor habia deseado. Despertóse Carino, á pesar de su vida perezosa, y derrotó á Diocleciano; pero persiguiendo los fugitivos, fué muerto por uno de los suyos, cuya mujer habia violado. Así quedó libre el imperio del más violento y perdido de los hombres. Gobernó Diocleciano con vigor, pero con una insufrible vanidad. Para resistir á tantos enemigos, que de todos lados, dentro y fuera, se levantaban, nombró á Maximiano por su compañero en el imperio; pero supo conservarse la principal autoridad. Cada emperador hizo un César. Constancio Cloro y Galerio fueron elevados á esta alta dignidad. Apenas pudieron sostener los cuatro príncipes el peso de tantas guerras. Huyó Diocleciano de Roma, cuya libertad no podia sufrir, y se esta-

bleció en Nicomedia, donde se hizo adorar á la moda de los orientales. Entre tanto, los persas, vencidos por Galerio, abandonaron á los romanos grandes provincias y reinos enteros. Despues de tan grandes sucesos, no quiere Galerio ser ya súbdito, y desdeña el nombre de César. Comienza intimidando á Maximiano. Una larga enfermedad habia abatido el espíritu de Diocleciano, y Galerio, aunque su yerno, le forzó á renunciarle el imperio. Fué necesario que Maximiano siguiese su ejemplo; así, el imperio vino á poder de Constantino Cloro y de Galerio, y dos nuevos cesares, Severo y Maximino, fueron creados en su lugar por los emperadores que se deponian. Las Galias, la España y la Gran Bretaña fueron felices, aunque por muy poco tiempo, bajo Constantino Cloro. Enemigo de las exacciones y acusado de arruinar por este medio al fisco, mostró que tenia tesoros inmensos en el amor de sus vasallos. El resto del imperio padecía mucho bajo tantos emperadores y tantos cesares; los criados se multiplicaban con los príncipes, y los gastos y exacciones eran infinitas. Iba haciéndose ilustre el jóven Constantino, hijo de Constancio Cloro, pero se hallaba entre las manos de Galerio, que celoso de su gloria, le exponia á nuevos riesgos cada dia. Érale preciso combatir con las bestias feroces como por entretenimiento; pero no ménos que ellas era Galerio para temido. Escapado Constantino de sus manos, encontró á su padre espirando. En este tiempo, Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo emperador en Roma á pesar de su suegro, y las discordias intestinas se juntaron á los otros males del Estado. La imagen de Constantino, que acababa de suceder á su padre, llevada á Roma segun costumbre, fué desechada de orden de Majencio. Era la admision de las imágenes la forma ordinaria de reconocer los nuevos príncipes. Hácense por todas partes prevenciones de guerra. El César Severo, enviado de Galerio contra Majencio, le hizo temblar en Roma. Por darse algun apoyo en su espanto, volvió á llamar á su padre Maximiano. El ambicioso viejo dejó su retiro, en que á su pesar se mantenía, y procuró, aunque sin



fruto, sacar á Diocleciano del jardin que cultivaba en Salona. Al nombre de Maximiano, segunda vez emperador, dejaron á Severo sus soldados. Hace matarle el anciano emperador, y por sostenerse al mismo tiempo contra Galerio, da su hija Faustina á Constantino. Érale también necesario otro apoyo á Galerio despues de la muerte de Severo, y así se resolvió á nombrar emperador á Licinio, cuya eleccion ofendió á Maximiano, que, como César, se creía más próximo á este supremo honor. Nada pudo persuadirle á sujetarle á Licinio y se hizo absoluto en el Oriente. Casi no quedaba á Galerio sino el Ilirio, donde se habia retirado despues de haber sido expelido de Italia. El resto del Occidente obedecia á Maximiano, á su hijo Majencio y á su yerno Constantino. Pero no ménos le disgustaban para compañeros en el imperio los hijos que los extraños. Procuró echar de Roma á su hijo Majencio, pero fué de él expelido. Constantino, que le recibió en las Galias, no le halló ménos pérfido. Despues de varios atentados, hizo Maximiano la última conjuracion, en que creyó haber empeñado á su hija Fausta contra su marido. Engañábale ella, y Maximiano, que pensaba haber muerto á Constantino matando á su eunuco, que se habia echado en su cama, se vió precisado á darse el mismo la muerte. Encendióse una nueva guerra; Majencio, con pretextó de vengar á su padre, se declara contra Constantino, que marcha á Roma con sus tropas. Hace al mismo tiempo derribar las estatuas de Maximiano, y la misma suerte tuvieron las de Diocleciano, que estaban allí juntas. Turbó este desprecio el reposo de Diocleciano, y murió algun tiempo despues, no ménos de pesar que de vejez. En este tiempo Roma, siempre enemiga del cristianismo, hizo el último esfuerzo para extinguirle, y acabó de restablecerle. Galerio, notado de los historiadores como autor de la posterera persecucion, dos años antes que se viese Diocleciano obligado por él á dejar el imperio, le precisó á hacer aquel sangriento edicto que ordenaba perseguir á los cristianos con más violencia que nunca. Maximiano, que los aborrecia y jamás habia cesado de atormentarlos, excitaba á los magistrados y á los verdugos,

pero por más extrema que fuese su violencia, de ningun modo igualaba á la de Maximiano y de Galerio. Inventábanse cada dia nuevos castigos. La pureza de las vírgenes cristianas no era ménos combatida que su fe. Se buscaban con extraordinaria diligencia los sagrados libros por borrar su memoria, y no se atrevian los cristianos á tenerlos en sus casas, ni casi á leerlos. Así, despues de trescientos años de persecucion, se hacia más fiero el odio de los perseguidores. La paciencia de los cristianos los dejó cansados. Los pueblos, movidos de su santa vida, se convertian á grandes masas. Galerio desesperó de vencerlos. Asaltado de una enfermedad extraordinaria, revocó sus edictos, y murió de una muerte como la de Antíoco, y con un igualmente falso arrepentimiento. Maximiano continuó la persecucion, pero Constantino el Grande, príncipe sabio y victorioso, abrazó públicamente el cristianismo. El mundo antiguo, bañado en sangre, sentado en tinieblas de error y sombras de muerte, ansiaba la verdad y la paz; pero no, la paz no saldrá del fastuoso Palatino ni del cerrado templo de Jano, sino de un establo de Galilea. De este lugar, dice Cantú, parte la buena nueva que proclama al Dios único, la fraternidad y la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, de justicia, á cuya realizacion se dirigirán las naciones, puestas desde aquel momento en el justo é indefectible camino del progreso moral. Las conquistas de la humanidad se habian limitado hasta entonces á los matrimonios legítimos, á las franquicias civiles y políticas y á la igualdad ante la ley; pero esto á favor tan sólo de la raza dominadora. Ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano, y la inocencia es impuesta como obligacion, no sólo en las obras, sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entonces, el único medio de alcanzar el poder y la gloria habia sido la guerra; el único blanco de los héroes, la conquista; la servidumbre habia sido declarada un hecho necesario, equitativo, natural; el esclavo estaba condenado, no sólo á todo linaje de ignominia, sino tambien al embrutecimiento intelectual y moral, sin afectos legíti-



mós, sin legítima prole, y sin existencia religiosa. Pero la nueva palabra de caridad aligeró en esta época sus cadenas, mientras consiguió romperlas enteramente; y es aclamada la paz universal; quedan abolidos los privilegios de nacimiento y de conquista; inspira horror, no sólo el derramamiento de sangre, sino también la lucha; y preséntase el modelo de una sociedad fundada en la combinación de fuerzas pacíficas, de un poder enteramente espiritual, opuesto á los arrebatos del poder armado, y de una fraternidad entre las naciones, en virtud de la cual estas, en vez de destruirse unas á otras, se miran para perfeccionarse mutuamente. Y ¿quién produjo esta mudanza? Un artesano de Galilea. Y era también esta una doctrina originaria del Asia, que debía, no subyugar, sino convertir á Europa, anar la verdad política con la religiosa, y oponiendo á los ídolos la conciencia y á los tiranos la resignación, restaurar al género humano en su dignidad, bajo un solo Dios. Al lado del poder de la espada, se levanta el de las ideas, que independiente del primero, mantiene seguro el progreso para que no vacile con sus variaciones; entonces en la narración histórica aparece un nuevo elemento, la historia de la Iglesia. Esta, representando al pueblo y admitiendo á la emancipación á todos los desgraciados, á todos los que padecen por efecto de la conquista ó de la fuerza; no destruye de un golpe la servidumbre, las violencias legales, las rapiñas gloriosas; pero opone á todas ellas una doctrina que las reprueba, y un Dios que las condena. Pronto Nerón y Domiciano, se encuentran frente á frente con Pedro é Ignacio; aquellos, armados, señores del mundo, teniendo en su apoyo la legalidad, tan diversa de la justicia, representantes del mundo antiguo, gritan en los circos atestados de gente: *¡A las fieras los cristianos!*; los otros, pobres, débiles, desconocidos, calumniados con la autoridad, la instrucción, las ceremonias y el ejemplo, propagan el reinado de Dios, y enseñan á dar al César lo que es del César; pero nada más, no el culto, no el sacrificio de los afectos, y de las convicciones.

Aquí nos encontramos ya trasladados á diverso teatro. Aquí vemos ya la civilización occidental extendiendo sus alas para tomar más seguro vuelo. Empero los hechos posteriores impiden ó retardan el triunfo; la adhesión que antes se profesaba al Estado se concentra en los emperadores, protegidos tanto por la religión como por la ley. En la serie de estos, ora prevalece el Occidente con Trajano y Marco Aurelio, ora revive el Asia con Cómodo y Helio-gábalos; el estoicismo procura sustraer al hombre del dominio de la naturaleza bruta; pero la secta de Epicuro se resigna á padecimientos innobles, que no turban sus refinados goces y docta corrupción. La magia viene á reanimar las antiguas creencias, en tanto que una revelación que tranquiliza al pensamiento, por ser de origen superior, y que robustece las leyes, porque establece un poder infalible, tiende á la universalidad de la moral, y enseña á todos lo que importa conocer, amar, practicar, no sólo en la sociedad, sino también en la conciencia individual. La traslación de la silla de San Pedro desde Jerusalem á Antioquía, y después á Roma, da más autoridad al Occidente, al paso que la traslación del trono imperial á Constantinopla vigoriza el elemento oriental; el lujo y la molición enervan á los degenerados. Césares, que deponen la espada de la defensa para entregarse á disputas teológicas. Entre tanto, sin embargo, la gente más señalada por su inicio proceder dicta cánones de perfecta justicia; los emperadores, para apartar de sí el obstáculo que les opone la nobleza, se esfuerzan en presentar las razones de la común naturaleza humana, favoreciendo la emancipación, el peculio de los hijos de familia, las últimas voluntades, ampliando los efectos y restringiendo las solemnidades de la manumisión, y extendiendo el derecho de ciudadanía, hasta que en tiempo de Constantino vence por completo la equidad, desechándose las fórmulas, último resto del gigante, y extendiéndose la emancipación de las provincias al mundo.

Entre tanto, sin embargo, la gente más señalada por su inicio proceder dicta cánones de perfecta justicia; los emperadores, para apartar de sí el obstáculo que les opone la nobleza, se esfuerzan en presentar las razones de la común naturaleza humana, favoreciendo la emancipación, el peculio de los hijos de familia, las últimas voluntades, ampliando los efectos y restringiendo las solemnidades de la manumisión, y extendiendo el derecho de ciudadanía, hasta que en tiempo de Constantino vence por completo la equidad, desechándose las fórmulas, último resto del gigante, y extendiéndose la emancipación de las provincias al mundo.



Años  
después de  
J.-C.  
323 á 476

ovintiam, anto época sétima, ano onsiarid  
-ritroí, 20 Desde Constantino á Agustulo  
-50 La paz fué dada á la Iglesia; la sangre de los mártires había engendrado creyentes por doquiera, y el mundo, sentado en sombras de tinieblas, iba divisando el bello horizonte, de un porvenir hermoso, dibujado en los blancos celajes de una región desconocida á la filosofía pagana, á los pensadores de Grecia y Roma, á los sábios del Egipto y de la China. Constantino ó la paz de la Iglesia. Esta célebre declaración de Constantino aconteció el año 312 de Nuestro Señor. Mientras que sitiaba á Majencio en Roma, una cruz luminosa se le apareció en el aire ante todo el mundo con una inscripción que le prometía la victoria; esto mismo le fué confirmado por medio de un sueño. Al día siguiente ganó esta célebre batalla, que deshizo á Roma de un tirano y á la Iglesia de un perseguidor. La cruz fué ostentada como la defensa del pueblo romano y de todo el imperio. Poco tiempo después Maximino fué vencido por Licinio, que estaba de acuerdo con Constantino, y tuvo un fin semejante al de Galerio. Fué dada la paz á la Iglesia. Constantino la colmó de honores y de distinciones. La victoria le siguió por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos tanto por él como por sus hijos. Sin embargo, Licinio se malquistó con él y renueva la persecución. Batido por mar y tierra, se vió obligado á dejar el imperio, y por último á perder la vida. En este tiempo Constantino reunió en Nicea, Bithinia, el primer concilio general, en donde 318 obispos, que representaban toda la Iglesia, condenaron al sacerdote Arrio, enemigo de la divinidad del hijo de Dios, y formularon el símbolo en donde se estableció la consubstancialidad del Padre y del Hijo. Los sacerdotes de la Iglesia de Roma enviados por el papa San Silvestre, precedieron á todos los obispos en esta asamblea; y un antiguo autor griego (1) cuenta entre los legados de la Santa Sede al célebre Ossio, obispo de Córdoba, que presidió el concilio. Constantino tomó asiento en esta asamblea

(1) Gel. Cizyc., hist. Nic., lib. II, cap. VI, XXVII; Conc., Labb., título II, col. 158, 237.

y recibió las decisiones como un oráculo del cielo. Los arrianos disimularon sus errores, y volvieron á entrar en la Iglesia. Mientras que su valor mantenía el imperio en una excesiva tranquilidad, el reposo de su familia se alteró por los artificios de Fausta su mujer. Crispo, hijo de Constantino, pero de otro matrimonio, acusado por esta madrastra de haber querido corromperla, encontró á su padre inflexible. Su muerte fué al punto vengada. Fausta, convicta, fué sofocada en el baño; pero Constantino, deshonrado por la malicia de su mujer, recibió al propio tiempo muchos honores por la piedad de su madre. Ella descubrió en las ruinas de la antigua Jerusalem la verdadera cruz, fecunda en milagros. También se encontró el Santo sepulcro. La nueva ciudad de Jerusalem, que Adriano había hecho edificar; la gruta en que nació el Salvador del mundo y todos los Santos Lugares, fueron adornados de soberbios templos por Elena y por Constantino. Cuatro años después el emperador reedificó á Bizancio, que llamó Constantinopla, é hizo la segunda silla del imperio. La Iglesia, pacífica bajo Constantino, fué cruelmente afligida en Persia. Una infinidad de mártires sellaron su fe. El emperador trató en vano de apaciguar á Sapor y de atraerle al cristianismo. La protección de Constantino, no dió á los cristianos perseguidos más que un favorable asilo. Este príncipe, bendecido de toda la Iglesia, murió lleno de alegría y de esperanza, después de haber dividido el imperio entre sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante. Su concordia fué bien pronto turbada, Constantino pereció en la guerra que tuvo con su hermano Constante por los límites de su imperio. Constancio y Constante no estuvieron siempre unidos. Constante sostuvo la fe de Nicea, que Constancio combatía. Entonces la Iglesia admiró los largos sufrimientos de San Atanasio, patriarca de Alejandria y defensor del concilio de Nicea. Arrojado de su silla por Constancio, fué restablecido canónicamente por el papa San Julio I, cuyo decreto (1) apoyó Constante. Este

(1) Sócr. Hist. eccl. lib. II, c. XV; Sozom. lib. III, c. VIII.